



**LA TRADICIÓN REGLAMENTADA.
EL CÍRCULO CRIOLLO MARTÍN
FIERRO Y LA EXALTACIÓN DEL
GAUCHO, 1945-1950**

Resumen

El propósito de este artículo radica en analizar la fundación, organización y composición del Círculo Criollo Martín Fierro (CCMF). Lejos de abordar una pesquisa para corroborar el carácter "patriótico" de la agrupación, se analizan los archivos internos, libros de actas, correspondencias y recortes periodísticos que posibilitan indagar el entramado social y simbólico allí constituido. El CCMF se fundó el 11 de agosto de 1945, en Villa Flandria -actual Jáuregui- partido de Luján. Su estudio representa un aporte para la reconstrucción y comprensión de los centros tradicionalistas de mediados del siglo XX, escasamente analizados. En efecto, la posibilidad de concentrar los interrogantes en las entrañas de una agrupación desde el momento de su fundación, gracias a la disponibilidad y accesibilidad de su archivo, habilita a contrastar y profundizar determinadas conceptualizaciones como la construcción de la legitimidad, las estructuras jerárquicas y la sociabilidad, la integración de inmigrantes y el carácter normativo de esas instituciones.

Las fuentes del CCMF serán puestas en diálogo con el acervo documental del Círculo Criollo El Rodeo. De ese modo, la articulación de ambos archivos complementará la reconstrucción de ese universo tradicionalista.

Palabras clave: tradicionalismo, Círculo Criollo Martín Fierro, gaucho, identidad nacional.

Abstract

The purpose of this article is to analyze the foundation, organization and composition of Criollo Circle Martin Fierro (CCMF). We do not pretend to corroborate the "patriotic" character of the group, but rather to look the internal files, minute books, correspondence and newspaper clippings that show the social and symbolic structure formed there. The CCMF was founded in August 1945, in Villa Flandria -current Jáuregui- Luján. This paper represents a contribution to the reconstruction and understanding of the traditionalist centers of mid-twentieth century, poorly studied. In fact, the possibility of concentrating the questions in the bowels of a group

from the moment of its foundation, thanks to the availability and accessibility of the file, enables certain conceptualizations contrast and deepen such as the legitimacy building, the hierarchical structures and sociability, the integration of immigrants, and the normative character of those institutions.

These sources will be complemented by the documentary collection of the Criollo Circle El Rodeo. Thus, we can rebuild that traditionalist universe.

Key words: traditionalism, Círculo Criollo Martín Fierro, gaucho, national identity.

1. El criollismo y la nacionalidad

Los círculos criollos de la provincia de Buenos Aires incrementaron en número y complejizaron sus estructuras internas en la década del cuarenta. A partir de la oficialización del gaucho como “símbolo de la identidad nacional”, con la sanción por unanimidad de la Ley 4.756 en 1939, que instituyó el Día de la Tradición en todo el territorio bonaerense, se propagaron esas experiencias que reservaron para el gaucho un lugar de privilegio en la historia argentina (Cattaruzza y Eujanian 2003; Casas 2014). Con el impulso oficial, los tópicos gauchescos revitalizaron su circulación por diversos canales: publicaciones periódicas, festejos populares, efemérides escolares y asociaciones civiles, entre otros.

La reivindicación de lo gauchesco no constituía una novedad de la época. Los textos literarios que narraban historias de gauchos perseguidos cuyas hazañas contra las partidas de policía cautivaban al público lector/oidor, proliferaron en las últimas décadas del siglo XIX. De marcado arraigo en las zonas rurales, la expansión y el reconocimiento de ese género –en particular de su obra cumbre el *Martín Fierro*– en el ámbito de la cultura letrada porteña se demoraría hasta la intervención de la “primera generación nacionalista” en el contexto de los centenarios.

Hacia 1910, el “espíritu del centenario” puso de relieve un renovado optimismo en torno a la expansión económica del país

y las posibilidades de crecimiento. Al mismo tiempo, el fervor nacionalista, que se agitaba desde diversos sectores de la sociedad, se combinaba con una tensión manifiesta en torno a la cuestión migratoria y a la temida desintegración nacional. En ese contexto, emergió una nueva generación de intelectuales representada por Manuel Gálvez, Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones (Terán 2000; Bruno 2011).

El historiador Fernando Devoto (2005) presenta una serie de rasgos arquetípicos sobre los tres escritores vinculados al nacimiento en la década de 1880, su origen provinciano y la combinación de sus actividades literarias, periodísticas y públicas. Las intervenciones de los tres intelectuales en referencia al gaucho y la tradición rural resultaron de vital trascendencia para comprender las resignificaciones de su figura. El gaucho pasaba a formar parte de las reivindicaciones nacionalistas en el discurso de esos letrados. A partir de esas “voces autorizadas”, las características peyorativas del tipo gaucho quedaron relegadas para priorizar los elementos románticos que veían en las tradiciones camperas la esencia de la identidad nacional.

El motor de esa construcción fue la reinterpretación del poema de José Hernández como una obra épica de la literatura nacional. En las conferencias de Leopoldo Lugones en el teatro Odéon, ante la oligarquía porteña en mayo de 1913, el gaucho Martín Fierro servía de nexo para trazar lazos de continuidad con la cultura greco-latina y se posicionaba como arquetipo del “ser nacional”. La encuesta que, con motivo de las alocuciones, difundió la revista *Nosotros* evidenció, en algunas de sus respuestas, la disidencia que acompañaría cada resignificación de la figura del gaucho (Sarlo, y Gramuglio 1980). La matriz para caracterizarlo quedaba delineada, entonces, en “el libro más didáctico de la literatura argentina” (Ludmer 1988: 233).

A partir de allí, la composición del “mito gaucho”, en términos de Raúl Fradkin (2003), iría adquiriendo diversos matices de acuerdo a los intereses que se abocarían a reconfigurarlo. En el período que se aborda en este trabajo, el imaginario gauchesco resultaba funcional para disimiles objetivos, como insertar nuevos productos en el mercado o modelar la buena conducta de los

marineros de la Armada (Casas 2015). Sin embargo, la función primaria del gaucho se encontraría al servicio de la construcción de la nacionalidad. Como plantea Marta Blache (1991-1992), el gaucho se convertía en objeto de valoración simbólica en el preciso momento que se agotaba su existencia como tipo social.

Esa valoración estuvo atravesada por disimiles motivaciones. En el clásico estudio de Adolfo Prieto (1988), *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, se le atribuían tres funciones principales a la exaltación de lo gauchesco de acuerdo a sus promotores. Según el autor, para las clases dirigentes el criollismo constituía un recurso para paliar el cosmopolitismo urbano; para los sectores populares, que migraban de la campaña a las ciudades, representaba un espacio de nostalgia que contrastaba con la fisonomía citadina; y para los extranjeros que buscaban asimilarse, la vía de acceso a la “vida nacional”. La trayectoria de los centros tradicionalistas, como se verá aquí, materializarían las funciones descritas por Prieto.

La expansión del criollismo se vio complementada por un proceso paralelo que tendía a presentar la cultura del noroeste argentino -en particular a través de sus expresiones musicales- en el epicentro de la nacionalidad argentina. El movimiento folklórico encontraba su punto de contacto con los criollistas en tanto compartían una narrativa común sobre la supremacía de la cultura rural en detrimento del cosmopolitismo urbano (Chamosa 2010). En ese contexto, la proliferación de centros tradicionalistas se asimilaba con una serie de manifestaciones que reservaban para el ámbito de la campaña, condensado en la figura del gaucho, la “exclusiva” y “auténtica” representación de la nacionalidad.

2. Los centros tradicionalistas: origen y antecedentes

Desde finales del siglo XIX, los centros tradicionalistas se constituyeron como un eje en los procesos reivindicatorios de los “gauchos” y las tradiciones camperas. El primer registro de esa experiencia asociativa concentrada en la exaltación del espacio rural se produjo en Montevideo, Uruguay. En 1894, el Dr. Elías

Regules, profesor de la facultad de medicina, encabezó un desfile gauchesco por la avenida 18 de Julio que daría origen a la sociedad criolla La Tapera (Rama 1994). Regules se establecería como una referencia ineludible para el tradicionalismo uruguayo a partir de sus colaboraciones permanentes en la revista *El Fogón* (Centanino 2000). Su hijo, homónimo, continuó la obra y trazó lazos con los “gauchos” argentinos que celebraban las Fiestas de la Tradición. En 1943, por ejemplo, Elías Regules -hijo- dirigió una delegación uruguaya que participó de los festejos en la ciudad de La Plata (*La Razón* 9.11.43: 6).

En el territorio bonaerense, las investigaciones del antropólogo alemán Robert Lehmann-Nitsche en 1917, aportaron una sistematización cuantitativa de las agrupaciones criollas. De acuerdo a su descripción, los más de cincuenta centros bonaerenses se componían de un escaso número de integrantes provenientes de una “modesta capa social”. Sus actividades se reducían a recitados alrededor del fogón y a breves excursiones a caballo por diversos lugares (Lehmann-Nitsche 1917). Una presentación similar realizó el intelectual Juan Agustín García en 1921. El escritor focalizaba en el recitado de poesías y la difusión de determinados estilos musicales, como el tango, característica que habría complementado la “atmósfera nacionalista” de esos espacios (cf. Prieto 1988: 146).

Ese cuadro, si bien fragmentado e incompleto, grafica antecedentes significativos para el universo tradicionalista de la década del cuarenta. Durante esos años, las agrupaciones “gauchas” no constituían una característica exclusiva del espacio pampeano. Los estudios de María Villagrán sobre la folclorización del pasado en Salta, por ejemplo, evidencian una actividad intensa de la Agrupación Tradicionalista de Salta Gauchos de Güemes en la defensa de las tradiciones gauchas (Villagrán 2014). La organización de una fiesta criolla en Resistencia, Chaco, con motivo de celebrar el Día de la Tradición en 1948, también aportaba indicios sobre un entramado tradicionalista nucleado a partir de la Peña Nativa en esa provincia (*Nativa* 30.11.48: 5). Ese mismo año, al festejo en la Capital Federal llega-

ron delegaciones de diversas agrupaciones provenientes de Córdoba, Santa Fe, San Juan y Tucumán (*El Día* 11.11.48: 3).

Por otro lado, los escasos estudios que abordaron los caracteres generales de los centros tradicionalistas permiten identificar un dinamismo mayor, tanto en sus estructuras internas como en las participaciones públicas, en relación a lo descrito por Robert Lehman Nitsche para las primeras décadas del siglo. El estudio de Hugo Ratier, Eugenia del Campo, Leandro Etchichury y Magdalena Iriberry (2002) presenta prácticas comunes a esos espacios como: actividades hípicas -domas, carreras de sortija, partidos de pato-, danzas y recitales folklóricos, payadas a contrapunto, fogones criollos y comidas tradicionales. Los vínculos allí establecidos se caracterizaban por una marcada filiación cultural e identitaria. Las "situaciones gauchescas" que se escenificaban en esos espacios generaban la convergencia de socios provenientes de diversos sectores que, una vez finalizado el encuentro, guardaban sus trajes "gauchos" y retomaban sus tareas cotidianas.

Otro estudio general, también proveniente del campo de la antropología, fue elaborado por María Cecilia Pisarello con el título *Presente de gauchos* (2004). La autora se propuso estudiar el entramado contemporáneo de los centros tradicionalistas en la provincia de Buenos Aires. En su trabajo, adhiere a la concepción de la integración entre la población migrante y esos espacios de exaltación nacionalista. Empero, su investigación estuvo abocada más a generar una base de datos y establecer estadísticas sobre los centros criollos, que a analizar su historicidad en orden a la identificación del "gaucho" con la identidad argentina. Esa relación se da por sentada y se la presenta como una condición que parecería innata cuando refiere a los "paisanos-patriotas" que participaban en las fundaciones y primeros años de las instituciones, las que, según Pisarello, "defienden y transmiten el ideario patriótico." (Pisarello 2004:14).

El propósito de este artículo radica en analizar la fundación, organización y composición del Círculo Criollo Martín Fierro (CCMF). Lejos de abordar una pesquisa para corroborar el carácter "patriótico" de la agrupación, este artículo se concentra en el

análisis de los archivos internos, libros de actas, correspondencias y recortes periodísticos que posibilitan indagar el entramado social y simbólico allí constituido. El CCMF se fundó el 11 de agosto de 1945, en Villa Flandria -actual Jáuregui- partido de Luján. Su estudio representa un aporte para la reconstrucción y comprensión de los centros tradicionalistas de mediados del siglo XX, escasamente analizados. En efecto, la posibilidad de concentrar los interrogantes en las entrañas de una agrupación desde el momento de su fundación, gracias a la disponibilidad y accesibilidad de su archivo, habilita a contrastar y profundizar determinadas conceptualizaciones como la construcción de la legitimidad, las estructuras jerárquicas y la sociabilidad, la integración de inmigrantes, y el carácter normativo de esas instituciones.

Este artículo se remite al período entre 1945 y 1950 marcado por mutaciones propias del objeto de estudio. El recorte cronológico comienza, entonces, con la génesis del CCMF y se detiene al momento de consolidación de la comisión directiva de la agrupación. Luego de superar una serie de conflictos internos que respondían a diversos factores, los “gauchos” del Martín Fierro cristalizaron su organización y establecieron la estructura que, con matices y fluctuaciones, perdura hasta la actualidad. Las fuentes particulares que se corresponden a esa institución serán puestas en diálogo aquí con el acervo documental del Círculo Criollo El Rodeo (CCER), institución que resultaría fundamental para la emergencia del CCMF. De ese modo, la articulación de ambos archivos complementará la reconstrucción de ese universo tradicionalista.

3. Las prácticas hípicas como mecanismo de legitimación

El proceso de gestación del Círculo Criollo Martín Fierro constituyó un anticipo de lo que resultaría su dinámica interna, las características de su estructura jerárquica y la conexión con los tradicionalistas del CCER -agrupación que se había fundado en 1939 en Santos Lugares, partido de San Martín-. La historia del CCMF estaría íntimamente ligada a las empresas Algodonera

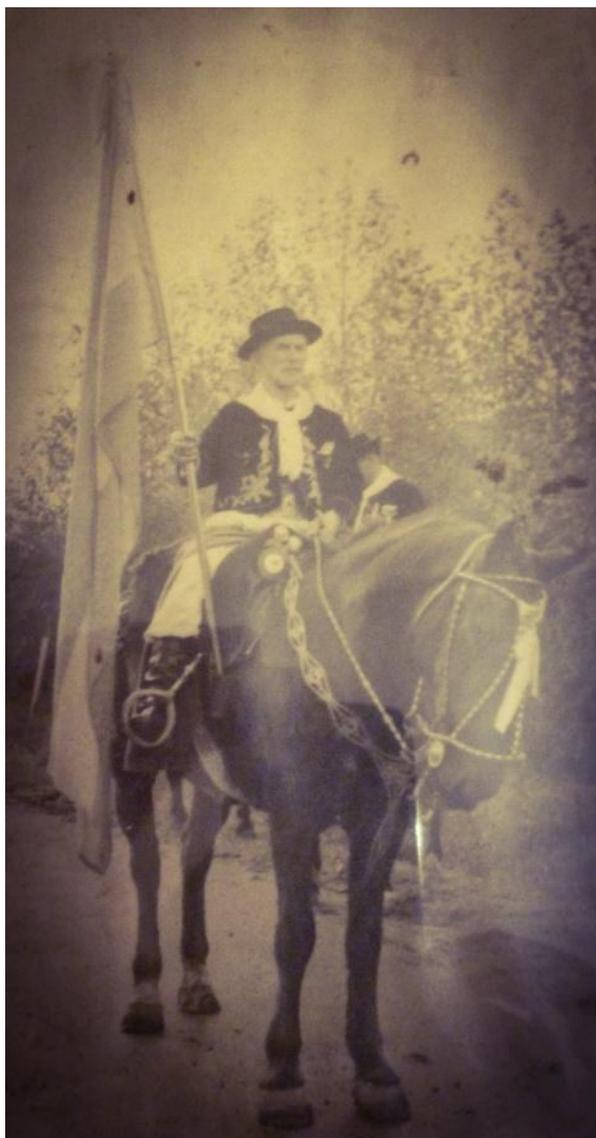
Flandria y Linera Bonaerense, industrias textiles que convocarían a trabajadores de distintas latitudes. Un grupo de empleados que, como en su gran mayoría, habitaban en las inmediaciones de las empresas, en Villa Flandria, organizaban asiduamente competencias hípicas que consistían en carreras cuadreras y corridas de sortija. La afición por las actividades ecuestres, que realizaban vestidos a la usanza gaucha, fue consolidando un grupo que compartía, además de las jornadas laborales, las reivindicaciones tradicionalistas que ya tenían su efeméride en el calendario provincial a partir de la institución del Día de la Tradición. Para la fiesta de 1944, el grupo de Flandria daría muestras de una organización en ciernes que concluiría con una delegación enviada a la ciudad de La Plata, epicentro de la celebración, en representación del partido de Luján. Los “gauchos” asistentes eran: Domingo Labatte, Clementino Díaz, Rubén Sarta, Jorge Banez, Héctor Díaz y Carlos Galesio de Linera Bonaerense; Agustín Rodríguez, Aníbal Peralta, Pedro Noguera, Antonio Pérez, Paulo Pereira, Güerino Colusso –futuro presidente del CCMF-, Emilio Ramírez, Eduardo Ramírez y Enrique Ramírez de Algodonera Flandria.¹ La delegación estaba encabezada por Félix Banez, uno de los impulsores del círculo criollo. Banez era oriundo de Lobos y había sido peón, capataz y mayordomo de una estancia en el municipio de Nueve de Julio en el interior de la provincia de Buenos Aires. Con los ingresos acumulados compró un terreno en la zona de Luján, traslado que lo llevó a contactarse con la empresa y con los futuros integrantes del CCMF².

Como se advierte en la imagen, Banez solía ser el abanderado de la agrupación en los desfiles, distinción que lo destacaba por su participación fundacional. Él fue el encargado de gestionar el permiso y el financiamiento de la excursión a La Plata, primero ante el administrador de Linera Bonaerense, Carlos Holvoet, quien trasladó el requerimiento al jefe de personal, Manuel Moine. La última autorización fue otorgada por Julio Steverlynck y los 15 gauchos partieron en un colectivo hacia la capital bonaerense.

¹ Nota de Félix Banez, Archivo del CCMF, 4 de noviembre de 1944.

² *La voz de Luján*, 21 de enero de 1950.

rense, acompañados de un camión que cargaba los recados y sus caballos.



Félix Banez. Archivo del CCMF, ca. 1946

La organización incipiente testimoniada en 1944 se profundizó al año siguiente gracias a la intervención de los tradicionalistas del CCER. En una de las competiciones realizadas en Luján se conocieron con dos integrantes de la comisión directiva de El Rodeo, Vicente Velaz y Orlando "Fito" Binaghi que fueron invitados a participar en las actividades hípicas. A partir de ese contacto se estableció una relación que motorizó la idea de conformar un círculo criollo en la zona a imagen de lo que se había fundado en Santos Lugares en 1939.

Félix Banez comenzó las gestiones que, como si se tratara de un proyecto laboral, fueron ascendiendo desde el administrador de área hasta el máximo responsable de la empresa para lograr su aprobación. Finalmente, en la sede del Club Social y Deportivo Flandria, se reunieron los veinticuatro socios fundadores que contaron con la asistencia del presidente del CCER, Diego Carozzo, su secretario Fito Binaghi y su tesorero Vicente Velaz, para asesorarlos en ese proyecto. En ese encuentro quedó acordado el nombre de la institución y la composición de la primera comisión directiva, presidida por Manuel Moine, gerente de la empresa Algodonera Flandria. Por su parte, Félix Banez estuvo encargado de redactar el acta de fundación, que confirmaba las aspiraciones de la novel agrupación: "Hacer presentes en todas las manifestaciones las costumbres tradicionales en todos sus aspectos; hacer recordación de los hechos más destacados de Historia Patria; difundir y sostener en todo momento y en cualquier lugar la Tradición Criolla."³

Esa premisa se articuló con el componente hípico que desarrolló el centro tradicionalista. De hecho, uno de los mecanismos para legitimarse como "gaucho" en el seno de esas agrupaciones consistía en las habilidades para manejar el equino. En una representación compartida desde la literatura costumbrista, aquel que demostraba sus dotes para la doma era clasificado como "uno de ellos". El salto de la maroma, el pato, y las carreras

³ Acta fundacional, Archivo del CCMF, 11 de agosto de 1945. En la agrupación se conserva una crónica más extensa redactada por Félix Banez, s/f, y una nota complementaria del mismo autor, 5 de noviembre de 1944.

de sortija formaban parte de los programas en la mayoría de las celebraciones tradicionalistas. Los reglamentos, el espacio dedicado a cada actividad y la puesta en marcha de las especialidades intentaban responder a una supuesta normativa legítima para respetar su “adecuado” funcionamiento.

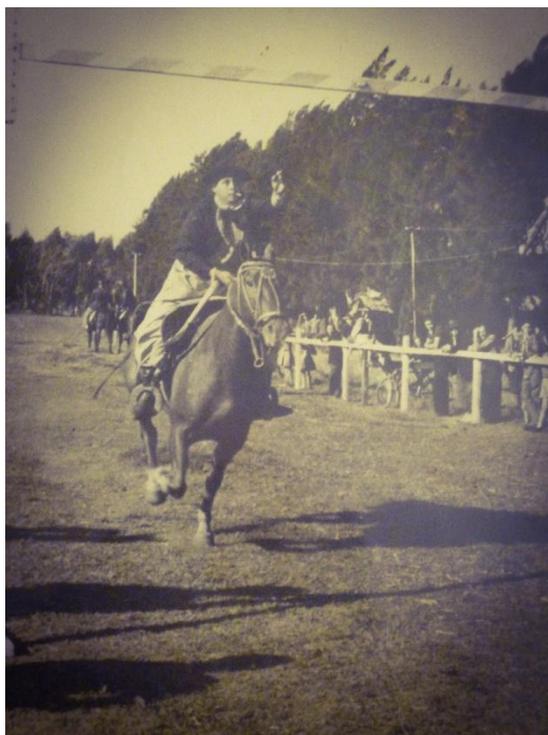
Los socios del CCMF mostraron una preocupación constante por “fomentar el uso del caballo”, que se manifestó ya en la reunión inicial citada. En una de las actas que se labraron recogiendo las actividades y las solicitudes de sus miembros se dejó constancia de la proposición de un integrante del círculo criollo para que la comisión directiva incrementara la frecuencia con que la que organizaba las “trotadas”, pasadas de caballos jineteados, que desde su perspectiva debían tener prioridad en las fiestas criollas.⁴ En una reseña posterior, el presidente alegaba que también era una prioridad para los dirigentes de la agrupación la organización de trotes pero que no se realizaban tan seguido debido al desacuerdo entre competidores y al tamaño insuficiente del campo de deportes para programar actividades simultáneas.⁵

Las opiniones sobre qué práctica hípica debía ostentar la prioridad en los festejos tradicionalistas también se manifestaban en el CCER. En una carta firmada por más de veinte ex concurrentes a las celebraciones de ese centro, que se autodenominaban como la “barra de Colegiales” en referencia al barrio de la Capital Federal, argumentaban los motivos de su alejamiento. En el escrito le reclamaban al presidente de la comisión la primacía que se le otorgaba a las carreras de sortija en detrimento de la práctica de domas y partidos de pato. En efecto, manifestaban que en varios de esos festejos, ese grupo, que conformaba un equipo, se vio relegado por los más de sesenta corredores que realizaban sus pasadas durante todo el día. Esa organización, según la nota, impedía el correcto desempeño de las competiciones de pato y reducía a una mínima expresión el lucimiento de los domadores. En orden a la decisión de los integrantes de la

⁴ Acta n° 10, Archivo del CCMF, 13 de diciembre de 1953.

⁵ Acta n° 11, Archivo del CCMF, 12 de septiembre de 1954.

“barra de Colegiales”, el espacio de las prácticas ecuestres en las fiestas criollas no parecía un detalle menor.



Pasada de sortija, ca. 1946. Archivo del CCMF

El desarrollo del pato como deporte tradicional argentino había experimentado diversas fluctuaciones en su consideración.⁶ Pese a las diferentes prohibiciones que pretendieron desartar su práctica, en la coyuntura de la fundación del CCMF se confirmó su ligazón con las “tradiciones argentinas” y se exacerbó su reproducción. En 1941 se constituyó la Federación Ar-

⁶ Las primeras alusiones a esa práctica deportiva se registran desde comienzos del siglo XVII. Sus realizaciones despertaron reacciones contradictorias y se intentaron prohibir en diversos momentos, como durante las gobernaciones de Martín Rodríguez y Juan Manuel de Rosas.

gentina de Pato y por medio del decreto n° 17.468, durante la presidencia de Juan Perón, fue declarado deporte nacional argentino.⁷ En ese contexto, tanto el CCER como el CCMF tenían sus equipos de pato y disputaban diversos partidos por año. El centro tradicionalista de Jáuregui había conformado una subcomisión de hipismo que tuvo a su cargo la regulación y organización de todos los eventos ecuestres en los que estuvo involucrado el centro.⁸ Uno de los objetivos de esa creación radicaba en distribuir las actividades para que no se concentrara en carreras de sortija la mayor parte del tiempo.⁹ La subcomisión de hipismo organizó, de manera anual, la “copa Flandria” que se dirimía entre los equipos de ambos centros tradicionalistas.¹⁰

Las discusiones reglamentarias que emergieron a partir de las actividades ecuestres se direccionaron a dos objetivos: por un lado, regular la adecuada organización de los “hombres de a caballo” desde una perspectiva pragmática en orden al espacio de su campo de deportes y la sucesión de prácticas; por otro lado, remitieron más a una cuestión simbólica que consistía en respetar de modo fidedigno la modalidad “tradicional” de esas actividades y su correcta reproducción.¹¹ En esa perspectiva, si bien excede la cronología de este artículo, la polémica que se puso de relieve en 1955 por la realización del salto de la maroma, práctica en la que un gaucho se dejaba caer desde una baranda en la entrada del corral y debía domar a uno de los potros salvajes que saltan a gran velocidad, graficaba la disputa por el “respeto” a su tradición. Las medidas de los corrales, el tamaño de los caballos, las habilidades de los gauchos, fueron algunos de elementos que

⁷ *Revista Pato en acción*, s/d, Archivo del CCER, pp. 7-8.

⁸ Ver los objetivos de su constitución en Acta n° 41, Archivo del CCMF, 8 de julio de 1950.

⁹ Acta n° 36, Archivo del CCMF, 12 de mayo de 1950.

¹⁰ La organización de la competencia se detalla en Acta n° 61, Archivo del CCMF, 2 de febrero de 1952.

¹¹ Las presentaciones para constituir un “reglamento para los hombres de a caballo” se presentaron en, Acta n° 69, Archivo del CCMF, 27 de septiembre de 1952; Acta n° 112, Archivo del CCMF, 29 de abril de 1955; Acta n° 115, Archivo del CCMF, 16 de junio de 1955.

se cuestionaron a partir de algunas publicaciones e intercambios epistolares.¹²

En la dinámica del CCMF las actividades hípcas representaron un componente insoslayable que trascendió los primeros años de su funcionamiento. En efecto, fueron los impulsores de la institución del Día del Caballo Criollo para cristalizar la celebración anual de sus “virtudes”.¹³ En tanto esas prácticas constituían una prioridad en las exaltaciones de la figura del gaucho y la tradición, su realización formaba parte de la agenda cotidiana de los centros tradicionalistas. En el Martín Fierro, como muchas de las decisiones significativas, las cuestiones ecuestres también se vieron atravesadas por las prescripciones de quien fue el nombre propio más influyente en la agrupación, el presidente honorario Julio Alois Steverlynck.

4. “Si Don Julio lo dice”. El patronazgo de Steverlynck en la constitución del Martín Fierro

Una de las particularidades que presentó el Círculo Criollo Martín Fierro fue el paternalismo ejercido Julio Alois Steverlynck. El empresario, nacido en Bélgica, había instalado en 1929 la Algodonera Flandria en las proximidades de Luján y, junto con la industria, dio impulso a la localidad de Jáuregui. El rol desempeñado por Steverlynck resulta ineludible para abordar el desarrollo de la agrupación tradicionalista. Como se mencionó, los fundadores del CCMF eran trabajadores de la textil y desde la concepción del proyecto supeditaron buena parte de las decisiones a la voluntad de “Don Julio”. El vínculo patrón-empleado encontró su correlato en el devenir de la agrupación. La tradición

¹² Las polémicas se reseñan en la revista mensual, *¡Aquí Boedo! Una tranquera gaucha abierta a todas las inquietudes del pueblo*, n° 17, noviembre de 1945; *¡Aquí Boedo! Una tranquera gaucha abierta a todas las inquietudes del pueblo*, n° 22, abril de 1955; Carta de Daniel Cruz a la comisión directiva del CCER, Archivo del CCER, 17 de mayo de 1955.

¹³ La iniciativa se evidenciaba en una nota de la comisión directiva del CCMF al intendente de Luján, Héctor Felice, Archivo del CCMF, 30 de septiembre de 1991.

celebrada y las posibilidades de acción de los socios fueron limitadas, no sólo a la reglamentación interna, sino también a las consideraciones del belga.

Steverlynck creció en la ciudad de Courtrai en el seno de una familia católica. Antes de su radicación en Buenos Aires, formó parte del ejército belga en la Primera Guerra Mundial donde se destacó como sargento de granaderos. Era miembro de la tercera generación de una familia dedicada a la industria textil en esa ciudad de Bélgica y junto con sus tres hermanos llevaron adelante los negocios desde la muerte de su padre. A principios de la década del veinte la empresa tenía representación en diferentes países, entre ellos la Argentina. Las medidas proteccionistas que se implementaron en el país en 1923 implicaron el incremento de costos para la importación de tejidos lo que trastocó los intereses de la industria de los Steverlynck (Barbero y Ceva 1997). A partir de esa situación, comenzaron las gestiones que determinarían la fundación, en 1924, de la Algodonera Sudamericana Flandria S. A. en Valentín Alsina –años después se trasladaría a Jáuregui-, cuyo desarrollo estaría a cargo de Julio Alois.

Desde el momento en que la empresa se estableció en la zona, el crecimiento no sólo se remitió a cuestiones industriales sino que se fundó el pueblo de Villa Flandria que, con el paso de los años, contaría con: un club social, una biblioteca, un colegio, una sociedad de fomento, una sede del registro civil y más asociaciones que testimoniaban su desarrollo. En el plano comercial, hacia 1940, Algodonera Flandria había puesto en funcionamiento una nueva hilandería de algodón que, un años más tarde, daría origen a la creación de Sociedad Linera Bonaerense S.A.¹⁴ Julio Alois Steverlynck supervisó el funcionamiento de ambas industrias y pretendió imprimirle un “espíritu cristiano” a partir de la práctica del catolicismo social.¹⁵

¹⁴ Una síntesis del desarrollo económico se presenta en la publicación titulada: Cronología, síntesis biográfica y acontecimientos de la vida de Don Julio Steverlynck, y de su pueblo Villa Flandria y zonas aledañas, s/d, en el Archivo del CCMF.

¹⁵ *Esquiú*, 7 de diciembre de 1975.

El empresario difundió sus convicciones católicas, directa e indirectamente, en el desarrollo de sus industrias y de todo Villa Flandria. El sacerdote Silvio de Schrijver –quien, además de ser un estudioso de las Sagradas Escrituras, conoció a Julio Steverlynck por su ministerio en la zona- reconoció cómo la Encíclica *Rerum Novarum*, escrita por el Papa León XIII en 1891, había marcado su trayecto laboral: “aplicaba la doctrina social de la iglesia en el trato con los obreros” (de Schrijver 1975:11). Algodonera Flandria resultó pionera en varias mejoras laborales para sus trabajadores, como la licencia por matrimonio y la asignación familiar. Además de los derechos conquistados, obtuvo amplia repercusión el plan de viviendas que ponía a disposición de sus empleados.¹⁶ La banda musical por él formada, bautizada igual que la encíclica papal, fue solicitada en oportunidades por Monseñor Anunciado Serafini –obispo de la diócesis Mercedes-Luján- para alcanzar una mayor convocatoria durante las celebraciones religiosas.¹⁷ Los dos monumentos que se erigían en el patio interno de la algodonera, en honor a las encíclicas: *Rerum Novarum*, y *Quadragesimo Anno*, las capillas y parroquias construidas en Villa Flandria, las recurrentes bendiciones y celebraciones religiosas, son algunas muestras del celo católico que movilizaba el accionar de Steverlynck.

Esa vocación católica se trasladó al CCMF, que emergió y se desarrolló bajo la égida del empresario textil. Como se reseñó para el momento de su fundación, Steverlynck ejerció un patronazgo con los socios de la agrupación que formaba parte de una vinculación primaria, correspondiente a sus relaciones laborales. Sin embargo, el belga nunca se preocupó por asimilar ese pasado

¹⁶El plan consistía en la compra de grandes lotes de tierra que Steverlynck subdividía y transfería al precio de costo a sus empleados. Al mismo tiempo, adelantaba fondos sin intereses para la construcción de las viviendas por lo que se contemplaba que en cinco años los trabajadores podían habitar sus propias casas. Ver, *Esquiú*, Buenos Aires, 7 de diciembre de 1976; Cronología, síntesis biográfica y acontecimientos de la vida de Don Julio Steverlynck, y de su pueblo Villa Flandria y zonas aledañas, s/d, en el Archivo del CCMF.

¹⁷ Comunicado del Obispado de Mercedes, 7 de octubre de 1952. Archivo del CCER. Libro de Comunicaciones.

rememorado por los tradicionalistas en sus celebraciones como pertenencia de su propia historia. Su presencia en las festividades se comprendía más en un marco simbólico que como la pretensión de involucrarse en esas caracterizaciones gauchas. En efecto, sus intervenciones se focalizaron en: supervisar la administración económica del círculo criollo, particularmente cuando no cerraban los balances;¹⁸ aprobar la realización de diversas donaciones, como metros de tela para la confección de banderas argentinas;¹⁹ y modificar la composición de la comisión directiva, cuando no estuviese de acuerdo con la presencia de algún integrante.²⁰

Si bien no se apropió de la narrativa motora del CCMF, Julio Steverlynck materializó su influencia en las intervenciones señaladas. Las cuestiones referidas al círculo criollo eran recibidas por el dueño de las textiles sin necesidad de solicitar audiencia previa.²¹ El financiamiento de obras para el campo de deportes, la compra de accesorios y premios para los festejos, la supervisión de la incorporación y salida de socios, hacían de Steverlynck un presidente honorario que, en la praxis, ejerció su condición de una manera activa.²² De hecho, la palabra de “don Julio” fue la instancia suprema para dirimir los asuntos internos del Círculo Criollo. Así, los “gauchos” de Jáuregui supeditaron el crecimiento de su institución –y por ende la reproducción de las prácticas

¹⁸ En abril de 1950 Julio Steverlynck solicitó el libro de caja y determinó la realización de una asamblea extraordinaria donde dejó asentado que él fiscalizaría los balances de la agrupación, ver, Acta n° 6, Archivo del CCMF, 23 de abril de 1950.

¹⁹ Ver, comunicado de Algodonera Flandria al CCER, Archivo del CCER, 7 de octubre de 1953.

²⁰ En octubre de 1949 se modificó la composición de la comisión directiva por la intervención de Julio Steverlynck. De hecho, los integrantes se definieron en una reunión interna sin convocar a una asamblea para su votación. Ver, Acta n° 27, Archivo del CCMF, 21 de septiembre de 1949; Acta n° 28, Archivo del CCMF, 13 de octubre de 1949.

²¹ Un ejemplo de esa disposición en, Acta n° 30, Archivo del CCMF, 3 de diciembre de 1949.

²² Esas intervenciones se asentaban en, Acta n° 39, Archivo del CCMF, 24 de junio de 1950; Acta n° 56, Archivo del CCMF, 22 de agosto de 1951.

tradicionalistas- al patrocinio de Steverlynck, quien en diversas ocasiones, acudió ante la emergencia de diferentes disputas.

5. Presupuestos y balances. La odisea de sobrevivir a las disputas internas

El pronto financiamiento que obtenía la institución por parte de Algodonera Flandria pareció tentar, en ocasiones, a ciertos dirigentes que fueron luego desplazados de sus funciones por manejos espurios. Desde las primeras horas los empleados que llevaron adelante el CCMF tuvieron que lidiar con obstáculos internos que impidieron un rápido crecimiento. En una decisión unilateral, algunos miembros, posteriormente expulsados, firmaron un acta de disolución a los pocos días de su constitución.²³ Ese acto –que no registró argumentaciones que posibilitaran analizar los motivos- sería el primero de una serie de desencuentros. La constitución de la comisión directiva, el manejo de la tesorería, la conformación del cuerpo de baile, la participación en los desfiles, y hasta el abastecimiento de leña representaron conflictos que demandaron reuniones y asambleas extraordinarias para su resolución. Frente a un escenario como ese, los años sucesivos a la fundación estuvieron destinados a equilibrar el funcionamiento del centro. La comunión de intereses firmada en el acta fundacional se complejizó de modo paralelo a la organización y la dinámica de la agrupación tradicionalista.

Si bien el inventario de conflictos que atravesaron los “gauchos” presentaba diversas opciones para ser reseñados, se puntualizarán aquí las contradicciones que resultaron significativas,

²³ De acuerdo a lo explicitado en las actas del CCMF, a comienzos de 1946 algunos integrantes de la comisión directiva encabezados por Félix Banez, quien había sido encargado de redactar el acta fundacional, decidieron, unilateralmente, disolver la agrupación por conflictos con el resto de los integrantes. Empero, como el artículo n° 28 del estatuto del Círculo negaba esa posibilidad siempre que los socios estuviesen dispuestos a continuar, se conformó una nueva comisión directiva que decidió proseguir el funcionamiento de la agrupación y expulsar a todos los firmantes del acta de disolución. Ver, Acta n° 1, Archivo del CCMF, 21 de enero de 1946; Acta n° 1, Archivo del CCMF, 10 de agosto de 1946.

tanto para el desarrollo económico del CCMF como para sus objetivos primarios de exaltar la “tradición argentina”. Las disputas que emergieron en torno a esos tópicos posibilitan adentrarse en los engranajes internos del círculo criollo para indagar los “detrás de escena” de las fiestas criollas y los eventos públicos que organizaban.

El problema económico más intenso que registró la agrupación se reveló en los balances de 1948 y 1949. Al realizar la comparación entre las subvenciones otorgadas por Algodonera Flandria durante esos dos años y lo que se asentaba en el libro de caja del CCMF se comprobó un faltante de dinero de \$4.877,75. De lo recibido por la industria textil se habían extraviado \$3.300,75, que sumados a otros comprobantes de pago acumulaban la cifra mencionada. El conflicto determinó la intervención de Julio Steverlynck y la renuncia del protesorero. El tesorero, Blas Castellón –que había ocupado la presidencia en 1949- fue suspendido. En ese caso, se comprobó que había utilizado parte del dinero para cuestiones personales por lo que se tomó la decisión de prohibirle el ingreso al centro por un año y ofrecerle un plan de pago para resarcir su deuda. Los integrantes de la comisión directiva lo leyeron como “una falta de responsabilidad” pero afirmaron: “esto que ocurrió en la vida del círculo no debe ser motivo de desaliento, sino por el contrario, servirá de ejemplo para que lo sucedido no se vuelva a repetir.”²⁴

La economía del centro tradicionalista no sólo se nutría de los aportes de Algodonera Flandria –aunque estos constituyeran el principal ingreso- sino que también recibían dinero por el cobro de las cuotas sociales. Hacia 1950 la institución contaba aproximadamente con 100 socios activos.²⁵ Los registros del CCMF no precisan la suma requerida mensualmente, pero si se toma como referencia lo exigido por el CCER que consistía en \$5, y la venta de tarjetas para fiestas del CCMF que cotizaban \$1,5,

²⁴ Las crónicas de los conflictos económicos se reseñan en, Acta n° 31, Archivo del CCMF, 9 de enero de 1950; Acta n° 32, Archivo del CCMF, 21 de enero de 1950, Acta n° 6, Archivo del CCMF, 23 de abril de 1950; Acta n° 44, Archivo del CCMF, 16 de septiembre de 1950.

²⁵ Libro de registros de socios, Archivo del CCMF.

resulta sencillo comprender que no se aproximaban a las cifras recibidas anualmente por la textil que oscilaban entre los \$7.000 u \$8.000.²⁶

Otro recurso que se puso de relieve en los nexos de los centros tradicionalistas aquí analizados fue el carácter rentado de muchas de sus presentaciones en diversos festejos. Tanto el Círculo Criollo Martín Fierro como El Rodeo, recibían un rédito económico cuando enviaban a celebraciones sus cuerpos de bailes, corredores de sortija y demás números artísticos. En efecto, se les solicitaba un presupuesto antes de confirmar su participación. En las tarifas requeridas se encontraba contemplado el costo de los músicos que solían acompañar los eventos y, en ocasiones, el alquiler del equipamiento necesario para esas fiestas.²⁷ Si bien el ingreso de dinero constituía un recurso más a sus economías, no todas sus presentaciones estuvieron supeditadas a la suma de dinero. La colaboración con las cooperadoras escolares, comisiones pro hospitales o festejos parroquiales no se encuadraron en esa lógica remunerativa. Aunque como todas las asociaciones necesitaba de ingresos para su supervivencia, el hecho de que los “gauchos” fuesen contratados para sus actuaciones por clubes, sociedades de fomento y demás instituciones, permitía reconocer un cierto circuito comercial que tenía su correlato, en los “espectáculos gauchos” que se ofrecían en el exterior.²⁸

²⁶ Ver, Nota del socio Andrés Martínez a la comisión directiva del CCER, Archivo del CCER, 1 de enero de 1952; Acta n° 7, Archivo del CCMF, 14 de enero de 1947; Acta n° 6, Archivo del CCMF, 23 de abril de 1950.

²⁷ Son numerosos los ejemplos de pedidos de presupuesto o testimonios que verifican el carácter rentado de las participaciones de los tradicionalistas. Ver, entre otros, Acta n° 37, Archivo del CCMF, 20 de mayo de 1950; Acta n° 49, Archivo del CCMF, 17 de marzo de 1951; Nota de Sociedad La Victoria de Ciudadela solicitando un “presupuesto más razonable” al CCER, Archivo del CCER, 24 de julio de 1951; Nota del socio Pedro Arturo Reggio, ante denuncia por pago incumplido, a la comisión directiva del CCER, Archivo del CCER, 24 de julio de 1951.

²⁸ Si bien excede los intereses de este artículo, en el contexto de resurgimiento de los centros tradicionalistas, numerosas actividades artísticas se reproducían en el exterior “confirmando” la identificación del gaucho con la “argentinidad”. Una muestra de esa circulación fue producto del trabajo del pintor Florencio Molina Campos para la industria cultural Disney a comienzos de la década del

Además de las pujas económicas, en el CCMF se experimentaron desencuentros en torno a la participación en las celebraciones patrias que eran organizadas por la comisión de fiestas de Villa Flandria. El presidente de esa comisión era Manuel Moine, quien en tanto responsable jerárquico de la industria textil tenía vinculaciones diversas con el resto de los empleados que “dirigían” el CCMF. Para la celebración del 25 de mayo de 1947 se produjo un primer intercambio en relación al orden del “desfile patriótico” y el lugar que les correspondía a los gauchos del círculo en su desarrollo.²⁹ Años más tarde, la tensión se volvió a poner de relieve en el contexto de la misma efeméride. En ese caso, los representantes del CCMF se vieron obstruidos en su intento de depositar una ofrenda floral en homenaje a José de San Martín durante los actos programados. La imposibilidad de rendir honores al “prócer” fue considerada una ofensa significativa para los tradicionalistas. Moine argumentó que no había sido debidamente notificado y que no se podía modificar el programa en curso. Lo que se resumiría como un problema de comunicación provocó el descargo del CCMF que aludió a los escritos donde se notificaban las actividades propuestas. El secretario de actos presentó su renuncia y otro socio fue expulsado por “actos ofensivos hacia la comisión directiva”.³⁰

Por las consecuencias reseñadas se podía advertir que el episodio del homenaje fallido al “Libertador” no había resultado un acontecimiento menor. Para el CCMF las manifestaciones públicas de adhesión a las efemérides patrias y a los símbolos nacionales constituían parte de su *raison d’être*. Así lo confirmaba la

cuarenta. Ver, Ignacio Gutiérrez Zaldivar, *Molina Campos*, Buenos Aires, Zurbarán ediciones, 1996.

²⁹ La comisión directiva dejó asentada la discusión de varios jinetes que se habían manifestado en desacuerdo por los cambios introducidos por la comisión de fiestas de Villa Flandria. Para 1947, decidieron participar en el desfile del 25 de mayo con la condición que se respetara su lugar en el evento. Ver, Acta n° 12, Archivo del CCMF, 7 de mayo de 1947.

³⁰ Las referencias a los conflictos se plasmaron en, Acta n° 76, Archivo del CCMF, 24 de mayo de 1953; Acta n° 77, Archivo del CCMF, 6 de junio de 1953; Acta n° 79, Archivo del CCMF, 21 de junio de 1953; Acta n° 80, Archivo del CCMF, 27 de junio de 1953.

decisión de izar la bandera argentina todos los domingos y feriados aunque no hubiera actividades en su campo de deportes.³¹ Tanto la celebración de la “nacionalidad” como la evocación de la “tradición” se cristalizaron en el marco de una notoria prescripción normativa para los socios de esos centros criollos. Las exhortaciones y los reglamentos que regularon sus actividades estuvieron también dirigidos a delimitar las fronteras de “autenticidad” para las exaltaciones de la “vida gaucha”.

6. La Tradición reglamentada. Pautas y conductas para un buen socio tradicionalista

La opción por dinamizar un “tradicionalismo reglamentado” no fue una creación del CCER ni del CCMF, sino que se insertó en un contexto propicio a establecer determinadas prescripciones para generar “adecuadas” reivindicaciones de la vida rural. La necesidad de marcar las condiciones de posibilidad sobre las reproducciones de lo gauchesco se ligaba al incremento de las manifestaciones que “degeneraban” la genuina figura del gaucho. En esa atmósfera, los cultores de la tradición se legitimaban como portadores “auténticos” del pasado campero y, desde esa postura, delinearon los límites para no tergiversar las costumbres reproducidas.

A pesar del celo por las tradiciones, en determinadas oportunidades los centros criollos fueron acusados de promover las deformaciones del gaucho. Es decir, la “mercantilización” de su figura, que los miembros de las asociaciones tradicionalistas repelían, fue reconocida en la dinámica propia de esos grupos. El apego a las reproducciones “inequívocas” de la indumentaria gaucha y sus accesorios fue leído como una “caracterización” por algunos autores contemporáneos. Por ejemplo, el folklorista Bruno Jacovella, de modo indirecto, deslizaba una crítica en un artículo publicado en la revista cultural *Histonium (Istonio)*: “El triunfo del gauchismo y del arte gauchesco no es el triunfo del gaucho. El héroe de la Guerra Gaucha se ha vuelto mero además

³¹ Acta n° 34, Archivo del CCMF, 24 de mayo de 1950.

y espectáculo [...] El habitante de la urbe, no pudiendo hacer frente a la invasión cultural y económica extranjera, se refugia en un placentero mundo de utilería y de poesía." (Jacovella 1946: 72-73). Según el autor, lo que experimentaban quienes se vestían de gaucho, comían asado y tomaban mate amargo no era más que una ilusión.

La minuciosidad en los detalles externos y los accesorios gauchescos formaba parte de las prioridades de las comisiones directivas que reglamentaban la indumentaria como condición para la participación en los eventos. Esa característica fue cuestionada por el profesor universitario -ligado al revisionismo histórico- Pedro de Paoli. En su libro *Trayectoria del gaucho*, edición publicada en 1949, afirmaba: "La mayoría de los cultores criollistas, y lo mismo los innumerables centros tradicionalistas, se afanan por explicarnos cómo era el sombrero del gaucho, si de paja o de piel de mono [...] si el chiripá le llegaba a las rodillas o a los tobillos; como era el 'recao', etc. Pero rara vez se trata de la personalidad espiritual del gaucho y de la tragedia que culminó con su exterminio." (de Paoli 1949: 8-9).

Las normativas implementadas en los CCER y CCMF constituyeron una muestra de los condicionamientos que circulaban entre los cultores de la tradición. Las regulaciones difundidas entre los socios se podrían agrupar en dos niveles: por un lado una serie de directivas que apuntalaban el compromiso de los integrantes con la institución -que no se alejarían demasiado de las pautas de funcionamiento de cualquier agrupación civil-; y por otro lado, las normas que establecían las conductas necesarias para reproducir fielmente la tradición gaucha.

La reseña de las exhortaciones y los punitivos que determinaron las comisiones de esos centros tradicionalistas permite dilucidar, no sólo el nivel de compromiso de sus integrantes, sino también una serie de prácticas establecidas en la dinámica interna de las instituciones. Por ejemplo, atendiendo a la decisión tomada por la comisión directiva del CCMF que obligaba a todos los socios corredores de sortija a participar también en los desfiles, se podía inferir que al menos algunos de sus integrantes preferían intervenir en la competencia hípica antes que pasearse en

las celebraciones.³² Otra de las regulaciones que emergieron fueron los “llamados de atención” a los socios que se ausentaban a distintos eventos. En ese caso, se los citaba para que realizaran sus descargos y se definía la suspensión, o no, para participar en realizaciones próximas.³³ El pedido de explicaciones se solicitaba también entre las instituciones cuando, habiéndose comprometido con su presencia, faltaban a lo establecido.³⁴ Esa metodología se había cristalizado en el funcionamiento de los centros, así lo testimoniaban los avisos y “pedidos de permiso” para faltar que tanto socios como miembros de las comisiones directivas asentaban por escrito.³⁵ Por su parte, los directivos de las agrupaciones pretendían fomentar la participación de los socios, no sólo en las fiestas criollas, sino en las asambleas mensuales donde se abordaban las cuestiones de organización y funcionamiento de los centros.³⁶

La otra perspectiva para regular la conducta de los tradicionalistas apuntó a la prescripción de las vestimentas y las prácticas. El estatuto de socios del CCER -que había sido solicitado como referencia por otras incipientes instituciones, como el CCMF- definía de manera contundente: “La vestimenta oficial con la que se representará al Círculo en actos, desfiles o fiestas será la siguiente: para los hombres, bombacha, blusa de las llamadas corraleras, botas y sombrero negros y pañuelo y camisa blanca; para las damas, vestido tradicional con pañuelo celeste y delan-

³² Acta n° 50, Archivo del CCMF, 21 de abril de 1951.

³³ Ver, Acta n° 45, Archivo del CCMF, 16 de septiembre de 1950; Acta n° 130, Archivo del CCMF, 21 de abril de 1956.

³⁴ Ver el reclamo del CCMF al CCER, Acta n° 65, Archivo del CCMF, 2 de junio de 1952.

³⁵ Ver, nota de Julio Cabezas a la comisión del CCER, Archivo del CCER, 29 de enero de 1952; nota de Andrés Fumictona al presidente del CCER, Archivo del CCER, 27 de febrero de 1953.

³⁶ Ver la moción presentada por un integrante de la comisión del CCMF para estimular la participación de los socios en las asambleas mensuales dado que consideraba minoritaria la cantidad de “gauchos” que se hacían presente. De hecho, en una de las asambleas contabilizaron 34 socios de aproximadamente 100 que contaban en su masa societaria. Ver, Acta n° 7, Archivo del CCMF, 10 de septiembre de 1950; Acta n° 11, Archivo del CCMF, 12 de septiembre de 1954.

tal.³⁷ Los “gauchos” que quisieran exaltar la tradición al margen de esas normativas serían excluidos de los eventos. Así lo confirmaban en las promociones de sus festejos: “Advertimos que no se permitirá la entrada a ninguna dama que vista pantalones.”³⁸ La prohibición de las prendas “inadecuadas”, y el celo puesto en su respeto, tributaba la interpretación de Pedro de Paoli quien remarcó la prioridad que tenían esas “formas exteriores” para los centros tradicionalistas.

El apego reglamentario a los elementos externos que garantizarían la auténtica representación del gaucho no se manifestó sólo en los centros tradicionalistas aquí reseñados. En fiestas criollas motivadas por distintos objetivos también se remarcaron las condiciones necesarias para la participación. En la coyuntura del Día de la Tradición de 1941, la comisión que organizaba el desfile gaucho por las calles de la Capital Federal explicitaba en la invitación: “es condición indispensable para participar en la columna de jinetes presentarse trajeados y apareados a la usanza campera...”.³⁹ En ese caso no se especificó qué implicaba la expresión “a la usanza campera” sino que se daba por aludido en la comprensión de los convidados. En otras ocasiones, las recomendaciones fueron más detalladas. La municipalidad de Morón, con ánimo de organizar los festejos por la misma efeméride expuso en el comunicado de difusión: “exigimos de forma indispensable que los participantes se encuentren ataviados de la mejor forma posible, se entiende con su traje a la usanza gaucha, no pudiendo participar los que vinieran con camisa u otras ropas que no son adecuadas.”⁴⁰ Esos mensajes que ingresaban a los centros tradicionalistas desde diferentes sectores complementa-

³⁷ Estatuto de socio, Archivo del CCER. También se puede consultar su actualización en <http://www.circuloelrodeo.com.ar/biblioteca/ElRodeo/Estatutos%20El%20Rodeo.pdf>

³⁸ “Fiesta Criolla en El Rodeo”, s/d, libro de recortes, Archivo del CCER.

³⁹ Ver invitación enviada por Santiago Rocca a la comisión del CCER, Archivo del CCER, 5 de noviembre de 1951.

⁴⁰ Ver, comunicado de la Comisión de Festejos del Día de la Tradición, municipalidad de Morón, Archivo del CCER, 10 de octubre de 1950; Acta n° 104, Archivo del CCM, 30 de octubre de 1954.

ban el carácter reglamentado de las prácticas que ya se establecía en sus organizaciones internas.

Algunas de las invitaciones y los comunicados que recibían los círculos criollos contenían un apartado para precisar las pautas establecidas por los organizadores.⁴¹ La existencia de normas, ineludibles para exaltar la tradición campera, además de generar estructuras sedimentadas en las manifestaciones tradicionalistas, facilitaban las caracterizaciones. En efecto, el mecanismo de legitimación para ser considerado “gaucho” en el seno de esos ámbitos se circunscribía al cumplimiento efectivo de las prescripciones presentadas. Por lo tanto, la adquisición de las vestimentas “correctas”, la participación comprometida, y determinados conocimientos hípicas transformarían a cualquier interesado en portador “genuino” de las “tradiciones argentinas”. Desde esa perspectiva, se torna inteligible la aproximación de inmigrantes de diversos orígenes a la vida de los centros tradicionalistas. Jacovella, en el artículo citado, ponía de relieve la participación de españoles e italianos en el “avance del gauchismo sobre las urbes”. (Jacovella 1946: 73). Los componentes y las conexiones de los círculos criollos aquí estudiados confirmarían esa relación.

7. Los extranjeros y el gaucho. Identidades en pugna y asimilación a la “vida criolla”

El crecimiento y la consolidación de los centros tradicionalistas que funcionaron en la provincia de Buenos Aires durante el período aquí trabajado los constituyó como un espacio de integración y vinculación con las colectividades de inmigrantes que se habían conformado a partir de los procesos de movilización experimentados desde el siglo XIX.⁴² Las relaciones entre los

⁴¹ Ver, por ejemplo, las instrucciones para los organizadores de “fogones criollos”, Comisión Nacional de Folklore, Archivo del C CER, noviembre de 1949; Comunicado de la comisión de homenaje de Aime Tschiffely, Archivo del C CER, 10 de noviembre de 1954.

⁴² Una de las perspectivas para analizar el desarrollo de las agrupaciones de inmigrantes eran las publicaciones periódicas específicas que se editaron en el período aquí abordado. La colectividad italiana contaba con: *Vida Italiana* y

“gauchos” y los extranjeros habían sido abordadas desde la literatura costumbrista que, en líneas generales, presentaba una perspectiva integradora y superadora de la supuesta dicotomía gaucho-gringo (Gras 1928). En la coyuntura de expansión de los centros tradicionalistas, autores retomaron la temática a partir de ensayos y relatos de ficción. Mario López Osornio fue un prolífico escritor nacido en Chascomús, provincia de Buenos Aires, que se abocó a cuestiones gauchescas en la mayoría de sus producciones. En su libro *Oro Nativo*, a modo de conclusión, revisitaba la vinculación del gaucho con el inmigrante y discernía la asimilación de acuerdo a su procedencia: “Al italiano fue al único extranjero que el gaucho le toleró sin cortapisas en existencia y hábitos [...] sus reuniones no estuvieron completas sin su presencia” (López Osornio 1945: 282). Según López Osornio, los gauchos consideraron a los italianos casi como sus connacionales y presentaba una lista de payadores con ascendencia en ese país que le permitía inferir una “entramazón de sangre y sentimientos” más que una mera relación de respeto y tolerancia.

En una recopilación de cuentos gauchescos, titulada *Garúa*, Edelmiro Silvestre retomó la temática a partir de una narrativa de ficción. El relato comenzaba dando cuenta del odio que sentía un viejo gaucho ante sus vecinos extranjeros. Esa animadversión iría mutando a partir de diversas situaciones –como la historia de amor entre su hijo y su vecina– para concluir en una “reconciliación” que al mismo tiempo era una llamada a la integración pacífica. En efecto, la “vecina gringa” exhortaba al gaucho: “El

Cultura Italiana, entre otras, a través de las cuales se desarrollaban las vicisitudes de los inmigrantes en Argentina. Por su parte, en la colectividad española circulaba una publicación oficial que se fundó en 1937 y respondía a los intereses del Gobierno de España en el marco de la Guerra Civil, titulada *Orientación Española*. Además, se publicaban otras revistas que remitían a las numerosas asociaciones establecidas en el país, como *Revista Española*, de la Asociación Española de Socorros Mutuos de Buenos Aires, o la *Revista mensual de la Asociación Española de Socorros Mutuos de Bahía Blanca*, y otras que se centraban en los aspectos económicos como *Actividades Españolas*. Sobre las asociaciones y colectividades de inmigrantes, ver, entre otros, Fernando Devoto, *Movimientos migratorios, historiografía y problemas*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1992.

odio hacia nosotros los gringos es el odio hacia los cristianos [...] La única diferencia es que han nacido en otro suelo, lejos, en países extraños; razón de peso para que los criollos los reciban aquí con los brazos abiertos.” (Silvestre 1951: 127). Si bien la propuesta tenía poco de novedosa -de hecho la obra de teatro *La Gringa*, estrenada en 1904, contenía una trama similar-, la interpelación esbozada en la ficción se materializaba en la dinámica de los centros tradicionalistas. En las agrupaciones aquí reseñadas la integración entre “gauchos” y extranjeros se produjo desde dos niveles: en primer lugar a partir de la participación de socios inmigrantes que asimilaban las normas establecidas desde las directivas institucionales; y en segundo lugar por los contactos entre los centros criollos y las colectividades extranjeras que solicitaban las presentaciones “gauchas” para sus diversas celebraciones.

En orden al último punto señalado, el CCMF se caracterizó por recibir invitaciones y enviar delegaciones para realizar distintas manifestaciones artísticas al Centro Italo-Argentino del Oeste y a la Sociedad Cosmopolita Leandro N. Alem de General Rodríguez. El intercambio de correspondencia y el registro que asentaron de los eventos en sus actas grafica una vinculación directa con esos núcleos de inmigrantes que, de acuerdo a los convites, incorporaban elementos gauchescos en las realizaciones de sus festejos.⁴³

El CCER también celebró la “tradición gaucha” en instituciones que aglutinaban colectividades de inmigrantes. Por ejemplo, Alfonso Mackievich, presidente de la Sociedad Cultural Alexey Tolstoy emplazada en Sáenz Peña, localidad cercana al centro tradicionalista, agradecía en un comunicado a la comisión directiva del círculo criollo por los números artísticos realizados y confirmaba la grata recepción del público que había asistido al evento.⁴⁴ La agrupación de descendientes rusos parecía exaltar la

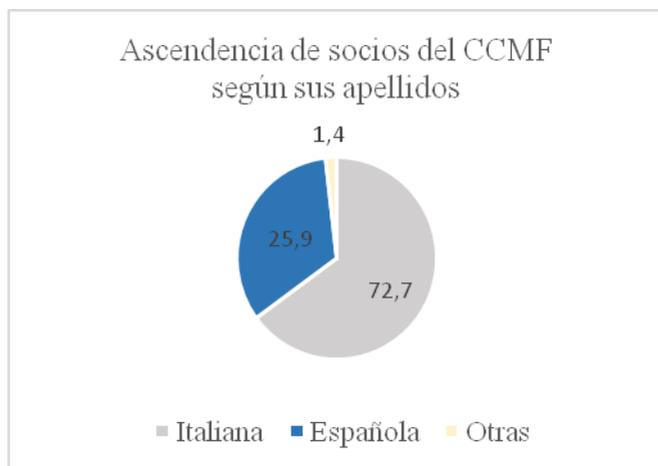
⁴³ Ver, por ejemplo, Acta n° 2, Archivo del CCMF, 7 de agosto de 1947; Acta n° 14, Archivo del CCMF, 25 de junio de 1947; Acta n° 108, Archivo del CCMF, 22 de enero de 1955.

⁴⁴ Ver, comunicado de la Asociación Cultural Alexey Tolstoy al CCER, Archivo del CCER, 20 de mayo de 1948.

labor de los “gauchos” en las destrezas artísticas. Sin embargo, esa asociación estaba dedicada más a las actividades literarias que a la organización de “fiestas criollas”. Por su parte, los estudios literarios soviéticos también se ocuparon de la figura del gaucho. En 1955, la revista *Literatura Soviética*, editada en Moscú, dedicó uno de sus artículos a la escritura del *Martín Fierro*. En el texto se describía el carácter representativo del protagonista: “los argentinos ven en Martín Fierro la encarnación de la sabiduría popular, un paladín indomable de la justicia, un representante de aquellos audaces gauchos que a comienzos del siglo pasado se batieron contra el yugo colonial.” (Bilinkina 1955: 157). La reseña literaria se complementaba con los intereses de la sociedad cultural. De ese modo, las conexiones institucionales, si bien menores que con otras entidades como clubes locales, fueron contribuyendo a la articulación entre el “cultivo de la tradición criolla” y las asociaciones extranjeras.

El otro nivel de asimilación entre inmigrantes y círculos criollos se producía a partir de la integración de socios de diversas procedencias. Adolfo Prieto definía, al pensar los incipientes centros tradicionalistas de la década del veinte: “Jóvenes de ambos sexos y de origen étnico diverso se reunían en esos centros para reproducir una atmósfera rural que parecía garantizar, por sí misma, la adquisición de un sentimiento de nacionalidad [...] extranjeros o hijos de extranjeros [...] se comportaban con las modalidades y las conductas reconocibles en el universo literario presidido por la imagen del payador Santos Vega.” (Prieto 1988: 145). En efecto, durante el proceso de expansión de los centros tradicionalistas en la década del cuarenta los extranjeros no sólo constituirían parte de la masa societaria, sino que, como aprobó la comisión del CCMF en 1949, también se les asignaría cargos directivos al interior de las agrupaciones. El presidente de ese centro criollo, Güerino Colusso, tenía ascendencia italiana y propuso la moción que fue aceptada por unanimidad para abrirle nuevos espacios a socios del mismo origen y de otros países que intercalaban sus tareas en Algodonera Flandria con diversas actividades en el CCMF. Si bien los registros del círculo no discriminaban la nacionalidad de sus socios, las investigaciones reali-

zadas por Mariela Ceva sobre la empresa determinaron que para el período aquí abordado el 52,95% de sus empleados eran extranjeros (Ceva 2008). El repaso de las nóminas sociales, que se conservan completas en sus archivos, permite distinguir la ascendencia de los apellidos de sus componentes. Para los registros de 1952 se distinguen:



Tres años después de la reformulación de los estatutos en el CCMF, el “vasco” Velaz se convertía en presidente del CCER. El tradicionalista, cuya familia provenía del noreste de España, desarrolló un rol protagónico en las celebraciones gauchescas. En el Círculo Tradicional Leales y Pampeanos, de Avellaneda, también se destacaría la participación de familias inmigrantes. Quizá el más renombrado en orden a sus producciones escritas y el recitado de sus versos haya sido el austríaco Rodolfo Nicanor Kruzich. El poeta participaba en las delegaciones enviadas a celebrar la Fiesta de la Tradición a la ciudad de La Plata y también realizaba las prácticas hípcas tan recurrentes en esos espacios. Uno de sus recitados, titulado “Se lo que’s”, rezaba: “Se lo que’s de madrugada ensillar junto al galpón / y aprovecho la ocasión pa’decir sin fantasía: / se lo que es en tierra mía ¡La Patria y la

Tradición!”⁴⁵ En los versos se confirmaba la pretensión de legitimar la condición “gaucha” de sus intervenciones. Para esas “necesidades” las normativas implementadas por las comisiones directivas facilitaban la tarea. Las “recetas” que prescribían cómo vestirse, cómo apearse y qué accesorios utilizar explicitaban las condiciones para caracterizarse como “gauchos”, sin atender la procedencia geográfica de quienes se integraban.

8. A modo de conclusión

Las exaltaciones al gaucho que ensayaron los centros tradicionalistas, paradójicamente, no alcanzaron una adhesión absoluta entre los “defensores del gaucho”. En efecto, el creador del proyecto que determinó la institución del Día de la Tradición, Francisco Timpone, se distanció de quienes optaban por desfilar vestidos a la usanza gaucha creyendo que esa era la mayor reivindicación posible. Sin embargo, contradiciendo la lectura de Adolfo Prieto que reconocía un progresivo “vaciamiento de contenido y forma” en las asociaciones tradicionalistas durante la década del veinte (Prieto 1988: 146), la fundación y consolidación del CCER, que seis años más tarde fomentó la creación del CCMF, puso de relieve la vitalidad de esas experiencias. Los “gauchos” de los círculos criollos consolidaron sus estructuras y expandieron sus actividades a partir de finales de la década del treinta.

El estudio de los archivos del CCMF permitió reconstruir la dinámica interna de la institución y poner luz sobre las prácticas cotidianas y sus financiamientos. Esas experiencias, se enmarcaron en un contexto que fomentaba la exaltación del gaucho y la tradición rural, a partir de distintos canales: la atención prestada por las industrias culturales, la utilización de elementos del imaginario gauchesco para la promoción de productos de consumo, las manifestaciones artísticas y las reivindicaciones oficiales, del gobierno provincial primero y del nacional después. En referencia a la utilización estatal del gaucho, la emergencia del peronis-

⁴⁵ *Revistas de mis pagos*, n° 38, 13 de enero de 2008.

mo –paralela a la creación del CCMF- exacerbaría la evocación de la “Argentina criolla”, a partir de medidas como la nacionalización de la Fiesta de la Tradición (Adamovsky 2014, Casas 2015). A diferencia de la postura adoptada por el CCER que materializó su adhesión al gobierno de Perón a través de distintas manifestaciones, los tradicionalistas del Martín Fierro desarrollaron su complejo proceso de organización al margen de las vicisitudes políticas.

En ese trayecto, la agrupación de Jáuregui revistió la particularidad de estar sostenida bajo el patronazgo de Julio Steverlynck. En el Martín Fierro, el carácter verticalista en las estructuras de conducción de los círculos criollos se articuló con las relaciones propias del ámbito laboral. En ese sentido, el CCMF configuró una amalgama particular en la que interactuaban empleados de las industrias textiles de distinto rango. Como se reseñó, Manuel Moine, jefe del personal de Linera Bonaerense ejerció la presidencia del Círculo en su primer año. Los conflictos y las intervenciones de Steverlynck señaladas evidenciaron una trasposición de las relaciones laborales al centro tradicionalista. Si bien en la comisión directiva convivían operarios como Félix Banez y Clementino Díaz, las decisiones relevantes pasaban por el empresario belga cuya palabra constituía un veredicto definitivo.

La recurrente articulación que el Martín Fierro mantuvo con los “gauchos” de El Rodeo posibilitó establecer puntos de contacto en el funcionamiento de ambas instituciones, como por ejemplo: las actividades hípicas, los festejos criollos, el carácter rentado de sus presentaciones, y las prescripciones para sus socios. Esos elementos comunes conformaron un vector fundamental para la invención de una tradición que se pretendía representativa de la nacionalidad. En efecto, Eric Hobsbawm define como tradición inventada a “un grupo de prácticas, normalmente gobernadas por reglas aceptadas abierta o tácitamente y de naturaleza simbólica o ritual, que buscan inculcar determinados valores o normas de comportamiento por medio de su repetición.” (Hobsbawm 1983: 8).

En la interacción entre el CCMF y el CCER esa repetición se vio prescrita por una serie de reglas que discernían los atribu-

tos “legítimos” de los gauchos. Como se mencionó, esa condición normativa no fue una cualidad exclusiva de los Círculos aquí analizados. Los lineamientos que se difundieron para habilitar -o no- la intervención de los socios en los desfiles o en los festejos criollos pusieron de relieve la faz selectiva de la tradición evocada (Williams 1988). Las condiciones de vestimenta, accesorios, orden y comportamiento no dejaban intersticios para ninguna reivindicación del “gaucho matrero”, del Juan Moreira o de las denuncias sobre la explotación laboral y las condiciones de vivienda y salubridad en la campaña del siglo XIX.

El esfuerzo reglamentario de los círculos criollos conllevó – según los críticos citados- la sobreestimación de los elementos externos que formarían parte de la escenografía gauchesca. De ese modo, los tradicionalistas recetaban los pasos a seguir para devenir en “gaucho”. Esa normativa fue, en ocasiones, motivo de sanción para los “trasgresores”. La “gauchesca domesticada” se materializaba, así, en esos ámbitos de sociabilidad (Rama 1994).

Se considera que la incorporación de esas normas explícitas, como componente regulador de las agrupaciones, al tiempo que delimitaban las condiciones de acción, facilitaban la vía de acceso para nuevos miembros. En particular, como se señaló en las reformas introducidas por la comisión directiva del CCMF, cualquier voluntario que estuviese dispuesto a cumplir los reglamentos, y dispusiera los recursos para adquirir el traje auténtico de gaucho, se podía considerar bienvenido en la agrupación.

En definitiva, los socios del CCMF encontraron no solo un espacio para celebrar la “nacionalidad” sino los requerimientos necesarios para su “adecuado” festejo. La espontaneidad de las manifestaciones tradicionalistas se encontró atravesada por la institucionalización de las reivindicaciones criollas. De ese modo, la figura del gaucho esbozaba -quizá- su función más esperada, la de constituirse en símbolo de la argentinidad y arquetipo de la tradición nacional.

Archivos

Archivo del Círculo Criollo Martín Fierro – Jáuregui, Luján.

Archivo del Círculo Criollo El Rodeo – Moreno.
Archivo de la Agrupación Bases – La Plata.

Bibliografía

- Adamovsky, Ezequiel. 2014. El criollismo en las luchas por la definición y el origen del *ethnos* argentino, 1945-1955. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Vol. 26 n° 1: 31-64.
- Barbero, María Inés y Mariela Ceva. 1997. El catolicismo social como estrategia empresarial. El caso de Algodonera Flandria. (1924-1955). *Anuario IEHS* 12: 269-289.
- Berdiales, Germán. 1934. *Las fiestas de mi escuelita. Para la escena y para el aula*. Kapelusz. Buenos Aires.
- Bernárdez Jacques, Elbio. 1936. *El gaucho del Tuyú*. Ferrari Hermanos, Buenos Aires.
- Bernárdez Jacques, Elbio. 1940. *Muestrario gaucho*. Sociedad Editora Internacional. Buenos Aires.
- Bernárdez Jacques, Elbio. 1945. *Fisonomías gauchescas*. Ferrari Hermanos. Buenos Aires.
- Bernárdez Jacques, Elbio. 1947. *La tumba de Santos Vega*. Ferrari Hermanos. Buenos Aires.
- Blache, Marta. 1991-1992. Folklore y nacionalismo. *Runa* XX: 69-69
- Bruno, Paula. 2011. *Pioneros culturales de la Argentina, biografías de una época*. Siglo veintiuno editores. Buenos Aires.
- Casas, Matías. 2014. La Fiesta de la Tradición. Las primeras celebraciones oficiales al gaucho como símbolo de la identidad argentina, Buenos Aires, 1939-1940. En A. Bisso et all (comps.), *Formas políticas de celebrar y conmemorar el pasado (1930-1943)*, pp. 136-154. Ceraunia. La Plata.
- Casas, Matías. 2015. Representaciones y publicaciones sobre el gaucho argentino en la década del treinta. Entre la identidad nacional, el campo literario y las estrategias comerciales. *Historia y Memoria* n° 12. En prensa.

- Casas, Matías. Los gauchos de Perón. Los gauchos de Perón. El Círculo Criollo El Rodeo, tradicionalistas y peronistas (1945-1955). Prácticas de Oficio. En prensa.
- Cattaruzza, Alejandro y Alejandro Eujanian. 2003. Héroes patrióticos y gauchos rebeldes. En, A. Cattaruzza y A. Eujanian. *Políticas de la historia, Argentina 1860-1960*. Alianza Editorial. Madrid – Buenos Aires.
- Centanino, Horacio. 2000. *Modernización y cultura en el Uruguay: una lectura teatral: Regules, Falco, de las Carreras*. Meli-bea Ediciones. Montevideo.
- Ceva, Mariela. 2008. Familias obreras en la Argentina de entreguerras. Un enfoque desde los archivos de empresa. *Anuario IEHS*, 23: 385-408.
- Ceva, Mariela. 2010. *Empresa, trabajo e inmigración en la Argentina. Casos de la Fábrica Argentina de Alpargatas y Algodonera Flandria*. Biblos. Buenos Aires.
- Chamosa, Oscar. 2010. *The argentine folklore movement. Sugar elites, criollo workers, and the politics of culture nationalism, 1900-1955*. The University of Arizona Press. Arizona.
- Chamosa, Oscar. 2012. *Breve historia del folclore argentino (1920-1970), identidad, política y nación*. Edhasa. Buenos Aires.
- De García, Silvia. 1955. *Siembra. Libro de lectura para tercer grado*. Kapelusz. Buenos Aires.
- De Paoli, Pedro. 1949. *Trayectoria del gaucho*. Giordia y Rodríguez. Buenos Aires.
- Devoto, Fernando. 1992. *Movimientos migratorios, historiografía y problemas*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires.
- Devoto, Fernando. 2005. *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*. Siglo veintiuno editores. Buenos Aires.
- Gras, Mario. 1928. *Los gauchos colonos, novela agraria argentina*. Ediciones de los Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso. Buenos Aires.
- Gutiérrez Zaldivar, Ignacio. 1996. *Molina Campos*. Zurbaran ediciones. Buenos Aires.

- Jacovella, Bruno. 1946. Degeneraciones románticas de la figura y la vida del gaucho. *Histonium* (istonio), Año VII: 24-26.
- Hobsbawm, Eric y Terence Ranger (comp.). 1983. *La invención de la tradición*. Crítica. Barcelona.
- Lehmann Nitsche, Robert. 1917. *Santos Vega*. Imprenta de Coni Hermanos. Buenos Aires.
- López Osornio, Mario. 1945. *Oro Nativo, tradiciones bonaerenses, poesía popular y antología del payador de la pampa*. El Ateneo, Buenos Aires.
- Ludmer, Josefina. 1988. *El género gauchesco, un tratado sobre la patria*. Libros Perfil. Buenos Aires.
- Pérez Bugallo, Rubén. Bruno Jacovella: el que sobrevivió con jovialidad. *Entre todos folklore*, vol. 4 n° 24: 24-25.
- Pisarello, María Cecilia. 2004. *Presente de Gauchos*. UPCN. Buenos Aires.
- Prieto, Adolfo. 1988. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires.
- Rama, Ángel. 1994. *Los gauchipolíticos rioplatenses*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires.
- Ratier, Hugo et al. 2002. Organizaciones rurales y cultura de las pampas: La construcción social de lo gauchesco y sus implicaciones. *Etnia* 44-45, 2002-2004, pp. 81-96.
- Sánchez, Florencio. 1955. *La gringa*. Editorial Kapelusz. Buenos Aires.
- Sarlo, Beatriz y María Teresa Gramuglio (comp.). 1980. *Leumann, Borges, Martínez Estrada, Martín Fierro y su crítica, antología*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires.
- Silvestre, Edelmiro. 1951. *Garúa (cuentos criollos)*. Francisco Colombo, Buenos Aires.
- Terán, Oscar. 2000. *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo: derivas de la cultura científica*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- Villagrán, Andrea. 2014. Entre historia y tradición. Representaciones a partir del proceso de folclorización del pasado en Salta. *Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana*, Vol.4 n°1.

Williams, Raymond. 1988. *Marxismo y literatura*. Península. Barcelona.

Recibido: 26 de junio de 2015.

Aceptado: 27 de agosto de 2015.